

Casi no es necesario hacer ningun comentario sobre lo absurdo de esta monstruosa imputacion, que sin embargo ha encontrado apoyo en algunos escritores modernos. Ademas de otras consideraciones, se hubieran detenido mucho los españoles en dar muerte á Montezuma, puesto que como el tezcucano Ixtlilxochitl justamente observa, era la mayor desgracia que podia sobrevenirles, porque rompía el último vínculo que los unia á los mejicanos. Hist. chich., MS., ubi supra.

## CAPITULO II.

INCENDIO DEL TEMPLO MAYOR.—VALOR DE LOS AZTECAS.—DESGRACIAS DE LA GUARNICION.—TERRIBLES COMBATES EN LA CIUDAD.—MUERTE DE MONTEZUMA.

1520.

Frente del cuartel de los españoles, y solo á unas cuantas varas de distancia se levantaba el gran *teocalli* de Huitzilopotchli, cuyo edificio piramidal y los santuarios que lo coronaban, elevándose á una altura de cerca de ciento cincuenta piés, proporcionaba una ventajosa posicion que completamente dominaba el palacio de Axayacatl ocupado por los cristianos. Un cuerpo de quinientos ó seiscientos mejicanos, muchos de ellos nobles y guerreros del mas elevado rango, se apoderaron del *teocalli*, desde donde descargaban tal tempestad de flechas sobre la guarnicion, que nadie podia dejar los parapetos por un momento sin el mas inminente peligro, entre tanto que los mejicanos defendidos por los santuarios, estaban enteramente á cubierto del fuego de los sitiados. Era pues necesario desalojar al enemigo, si querian los españoles permanecer en sus cuarteles.

Confió Cortés esta empresa á su camarista Escobar, dándole al efecto cien hombres con orden de asaltar el *teocalli* é incendiar los santuarios; pero tres veces fué rechazado, y despues de desesperados esfuerzos, se vió obligado á retirarse con una pérdida considerable, sin lograr su objeto.

Cortés, que conocia la absoluta necesidad de tomar aquel punto, determinó acaudillar por sí mismo la tropa destinada á atacarlo. Sufria entonces mucho, á resultas de la herida que recibió en la mano izquierda, la cual le tenia inutilizado por entonces; pero pudo servirse del brazo atándose en él el escudo (1), y así manco salió á la cabeza de trescientos soldados escogidos, y algunos miles de auxiliares.

En el atrio del templo encontró un cuerpo numeroso de indios, preparado para disputarle el paso. Cargólos bizarramente; pero las tersas y planas losas del pavimento eran tan resbaladizas, que no podian tenerse en pié los caballos y muchos de ellos cayeron á tierra. Desmontando precipitadamente enviaron los animales á los cuarteles, y renovando el asalto, lograron con mucha difi-

(1) „Sali fuera de la fortaleza, aunque manco de la mano izquierda de una herida que el primer dia me habian dado: y liada la rodela en el brazo, fui á la torre con algunos españoles, que me siguieron.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 138.

cultad dispersar á los guerreros indios, y dejarse el paso libre para el *teocalli*. Este edificio, como recordará el lector, era una enorme estructura piramidal, cuya base tenia cerca de trescientos piés cuadrados. Una escalera de piedra, abierta en la parte exterior de uno de los ángulos de la pirámide, conducía á una plataforma ó terrado que daba vuelta al edificio, hasta llegar á otra escalera que caía sobre la primera y conducía á otro terrado. Como que eran cinco los cuerpos ó divisiones del *teocalli*, era necesario andarlo todo alrededor cuatro veces ó cerca de una milla para llegar á la cumbre, que como se ha dicho era una plataforma coronada solo por dos santuarios, dedicados á las divinidades aztecas (2).

Habiéndose abierto Cortés camino por el atrio, subió la primera escalera seguido de Alvarado, Sandoval, Ordaz y otros valientes caballeros de su pequeña partida, dejando al pié del templo una fila de arcabuceros, y un cuerpo considerable de indios aliados para contener al enemigo. En el primer terrado así como en los otros tres y en la cumbre, habianse situado los guerreros aztecas para disputar el paso, y desde esta elevada posicion arrojaban una lluvia de ligeros proyectiles, así como pesadas piedras, maderas y vigas encendidas, que arrojándolas por las escaleras volcaban á los españoles, y esparcian en sus filas el desórden. Los mas afortunados, evitando ó brincando sobre estos obstáculos, lograron ganar el primer terrado, y arrojándose sobre sus enemigos los obligaron á retirarse despues de una corta resistencia. Cargaron los asaltantes, eficazmente sostenidos por el fuego certero de los soldados colocados al pié del edificio, y que hacian tanto estrago en los mejicanos que estaban al descubier-to, que se apresuraron á refugiarse en la ancha cumbre del *teocalli*.

Cortés y sus camaradas siguiéronlos, y pronto se encontraron los combatientes cara á cara en este aéreo campo de batalla, empeñados en un combate de muerte á presencia de toda la ciudad, así como de las tropas que se hallaban en el atrio, las que como por mútuo consentimiento, suspendieron sus hostilidades mirando con silenciosa admiracion el fin de las de arriba. La cúspide del *teocalli*, aunque algo mas pequeña que su base, era bastante grande para proporcionar lugar á mil combatientes. Estaba formado su pavimento de anchas y planas losas, y ningun obstáculo habia sobre su superficie, excepto la enorme piedra del sacrificio y los templos de piedra que en una de las extremidades se levantaban á la altura de cuarenta piés. Uno de estos santuarios habia sido consagrado á la cruz, y el otro aun estaba ocupado por el dios de la guerra mejicano. Peleaban el cristiano y el azteca por su religion, bajo la sombra de sus respectivos santuarios; mientras que los sacerdotes indios, corriendo de un lado á otro, ondeando su desordenado cabello so-

(2) Véanse las páginas 382 y 384 del tomo primero.

Me he aventurado á repetir aquí la descripción del templo, por ser importante que el lector, quien tal vez no recordará las primeras páginas, tenga en su mente una idea clara de él antes de comenzar á leer la relacion del combate.

bre sus negros mantos, parecian estar suspensos en el aire como otros tantos demonios de las tinieblas que incitaban á la matanza.

Ambas tropas se batieron con la desesperada furia de hombres que no tienen mas esperanza que la victoria. Ni se pedia ni se daba cuartel, y huir era imposible. La orilla de la cúspide no estaba defendida por parapeto ó fortificacion alguna, por lo que el menor descuido podia ser fatal, y veíase algunas veces á los combatientes luchando en mortal agonía, rodar juntos por los descubiertos lados de la pirámide (3). Dicese que el mismo Cortés escapó con dificultad de este horrible destino. Dos guerreros de fuertes y musculares formas, se apoderaron de él y lo iban arrastrando con violencia hácia la orilla. Conociendo su intencion luchó con todas sus fuerzas, y antes de que pudieran conseguir su objeto, logró deshacerse de ellos y con sus mismos brazos arrojó á uno abajo de los muros. No es improbable este hecho, pues Cortés era hombre de una agilidad y fuerza extraordinaria. Mas aunque se ha referido con frecuencia, no ha sido por la historia contemporánea (4).

Tres horas duró la batalla con un furor no interrumpido. El número de los mejicanos era duplo del de los cristianos, y parecia ser una lucha que debia terminarse mas bien por el número y fuerza brutal que por la mayor ciencia. Pero no fué así. La armadura invulnerable del español, su espada de un temple sin igual, y su destreza en usarla, diéronle ventajas que sobrepujaban con mucho á la desigualdad en la fuerza física y en el número. Despues de hacer todo lo que el valor de la desesperacion puede sugerir al hombre, disminuyó por grados la resistencia de los aztecas. Uno despues de otro perecieron, y solo sobrevivieron dos ó tres sacerdotes, para ser conducidos en triunfo por los vencedores. Todos los demás combatientes, ó estaban tendidos en el ensangrentado pavimento, ó habian sido arrojados desde la elevada altura. No dejó de ser considerable la pérdida de los españoles, pues murieron cuarenta y cinco de sus

(3) Muchos de los aztecas, segun Sahagun, viendo el destino de aquellos de sus camaradas que habian caido en poder de los españoles en los estrechos terrados, se arrojaron voluntariamente desde la cúspide, y se hicieron pedazos en el pavimento. „Y los de arriba viendo á los de abajo muertos, y á los de arriba que los iban matando los que habian subido, comenzaron á arrojarse del cú abajo, desde lo alto, los cuales todos morian despeñados, quebrados brazos y piernas, y hechos pedazos, porque el cú era muy alto; y otros los mismos españoles los arrojaban de lo alto del cú, y así todos cuantos allá habian subido de los mexicanos, murieron mala muerte.” Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 22.

(4) Entre otros véase á Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 9.—Torquemada, Monarq. ind., lib. 4, cap. 69.—Solís, muy circunstanciadamente como siempre. Conquista, lib. 4, cap. 16.

El primero de estos autores, pudo consultar algunas obras contemporáneas, como por ejemplo la Crónica de Ojeda que ahora no es fácil encontrar. Es extraño que un hecho tan extraordinario no hubiera sido referido por el mismo Cortés, á quien no puede acusarse de falta de puntualidad en la relacion de tales sucesos.

mejores soldados, y casi todos los otros padecieron mas ó menos en este desesperado encuentro (5).

Dirigiéronse entonces los soldados victoriosos á los santuarios, cuyo primer piso era de piedra y los otros dos de madera. Entrando á ellos tuvieron la mortificación de encontrar, en el uno quitadas la imágen de la vírgen y la cruz (6), mientras que en el otro, aun vieron la horrible figura de Huitzilopotchli con su ofrenda de corazones humanos, humeando todavía, y manchados los muros con la sangre tal vez de sus compatriotas. Con gritos de triunfo los cristianos arrancaron de su nicho al espantable monstruo, y lo derribaron en tierra haciéndolo rodar por las escaleras del *teocalli* á presencia de los horrorizados aztecas, y poniendo despues fuego al detestable edificio, prontamente subieron las llamas á las delgadas torres, arrojando una fatal luz sobre la ciudad, lago y valle, hasta la mas remota choza de las montañas. Era la pira funeral del paganismo, y proclamaba la caída de aquella religion sanguinaria, que como una obscura nube habia estado suspensa sobre las hermosas regiones del Anáhuac (7).

Habiendo concluido esta buena obra, bajaron los españoles los tortuosos lados del *teocalli* con paso mas libre y seguro, como si conociesen que la bendición del cielo habia caído sobre sus armas. Pasaron por entre las espesas filas de los guerreros indios, que se hallaban en el atrio demasiado atemorizados por las terribes escenas que habian presenciado para oponer resistencia, y llegaron salvos á sus cuarteles. Aquella misma noche salieron de la fortaleza cuando la ciudad se hallaba sepultada en el sueño é incendiaron trescientas casas, siendo

(5) El capitán Díaz que algunas veces se muestra contrario á Cortés, es enfático en los elogios sobre el valor que mostró su gefe esta vez. „Aquí se mostró Cortés muy varon, como siempre lo fué. ¡O qué pelear, y fuerte batalla que aquí tuvimos! era cosa de notar vernos á todos corriendo sangre, y llenos de heridas, é mas de cuarenta soldados muertos.” (Hist. de la conquista, cap. 126). Las plumas de los antiguos historiadores guardan armonía con sus espadas, en la descripción de esta brillante hazaña. Rel. seg. de Cortés en Lorenzana, p. 138.—Gomara, Crónica, cap. 106.—Sahagún, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 22.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 9.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.—Torquemada, Monarq. ind., lib. 4, cap. 69.

(6) El arzobispo Lorenzana es de opinion, que esta imágen de la vírgen es la misma que se venera hoy en la iglesia de Nuestra Señora de los Remedios. (Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 138, nota.) No dice el arzobispo de qué manera sobrevivió la vírgen al saqueo de la ciudad, y cómo fué vuelta á sacar á luz, pero por lo mismo que es difícil de explicarlo, hay mas razon de considerarlo como un milagro.

(7) Ningun suceso de la guerra causó mas espanto á los mejicanos, que esta conflagración del templo, en la cual parecia que los hombres blancos desafiaban al mismo tiempo el poder de los dioses y el del hombre. Frecuentemente se encontraban entre los nativos despues de la conquista, pinturas geroglíficas que recordaban minuciosamente este hecho. El capitán Díaz dice, que las que vió daban una idea tan completa de los heridos y muertos cristianos como los mismos hechos pudieran producir. (Ibid., ubi supra.) Era el único modo en que podian vengarse los vencidos.

mas terribles los horrores de la conflagración, por ser en una hora en que los aztecas segun su sistema de guerra estaban ménos preparados para ella (8).

Esperando Cortés encontrar el orgullo de los nativos algo humillado con estos reveses, determinó con su acostumbrada política proponerles bases ventajosas para una negociacion. Invitó pues al enemigo á un parlamento, y luego que se reunieron en la gran plaza los principales gefes con sus respectivas comitivas, subió á la torrecilla ocupada antes por Montezuma, é hizo señas de que queria hablarles. Marina se colocó como siempre, á su lado en clase de intérprete, y la multitud miraba con ansiosa curiosidad á la jóven india, cuyo influjo sobre los españoles, y particularmente sus relaciones con el general, hicieron que los aztecas le designaran con el nombre mejicano de Malinche (9). Hablando Cortés por la suave y armoniosa voz de su favorita, dijo á los mejicanos, que debian estar ya convencidos de que nada podian esperar de su oposicion á los españoles. Habian visto á sus dioses arrastrados por el polvo, destruidos sus altares, incendiados sus edificios y muertos sus guerreros. Todos estos males, continuó, os ha ocasionado vuestra rebelion. Y sin embargo, por el afecto que aun os profesa vuestro soberano, á quien habeis tratado indignamente, suspenderé gustoso las hostilidades si deponéis las armas y volveis á la obediencia. Pero si así no lo haceis,” concluyó, „convertiré vuestra ciudad en un monton de cenizas, y no dejaré alma viviente que lllore sobre ellas.”

Pero aun no conocia bien todavía el capitán español el carácter de los aztecas, si creyó intimidarlos con amenazas. Pacíficos en su exterior y tãrdos para obrar, era tanto mas difícil calmar su exaltación cuando habian sido excitados una vez, y entonces, que habian sido conmovidos hasta lo mas íntimo, no habia voz humana que pudiera apaciguar la tempestad. Sin embargo, puede ser muy bien que no se hubiera equivocado Cortés tanto en cuanto al carácter del pueblo. Tal vez

(8) „Sequenti nocte, nostri erumpentes in una viarum arci vicina, domos combussère tercentum: in altera plerasque e quibus arci molestia fiebat. Ita nunc trucidando, nunc diruendo, et interdum vulnera recipiendo, in pontibus et in viis, diebus noctibusque multis laboratum est utrinque.” (P. Mártir de Anglería, de Orbe Novo, déc. 5, cap. 6.) Todos los escritores convienen en el número de acciones y en su resultado general, á saber, en las infructuosas victorias de los cristianos; pero ni aun dos están acordes en el tiempo, lugar, circunstancias y orden. ¿Cómo pues el historiador de nuestra época, podrá tejer una armoniosa tela de estos hilos diversos y de muchos colores?

(9) Este es el nombre con que aun es celebrada en las canciones populares de Méjico. ¿Llamóse á la famosa montaña Tlascalteca, sierra de Malinche, antiguamente „Mattalcueye,” en honor de la jóven india? Este honor hubiera sido ciertamente bien merecido si se lo tributaron sus compatriotas adoptivos (a).

(a) Malinche es el nombre Malintzin que los mejicanos daban á Doña Marina, substituyendo á la *r* que no tenian en su alfabeto la *l*, cuya pronunciación se le aproxima, y agregando la terminación de honor *tzin*, de suerte que equivalia á Doña Marina ó la Señora Marina. Los españoles transformaron la terminación *tzin* en *che*, pronunciándola mal, como hacian con otras palabras mejicanas.

conoció que un tono de autoridad era el único que podía tomar con alguna esperanza de cambiar su posición, en la que un lenguaje más moderado y conciliador, manifestando la convicción que tenía de la superioridad del enemigo, habría desconcertado indudablemente sus planes.

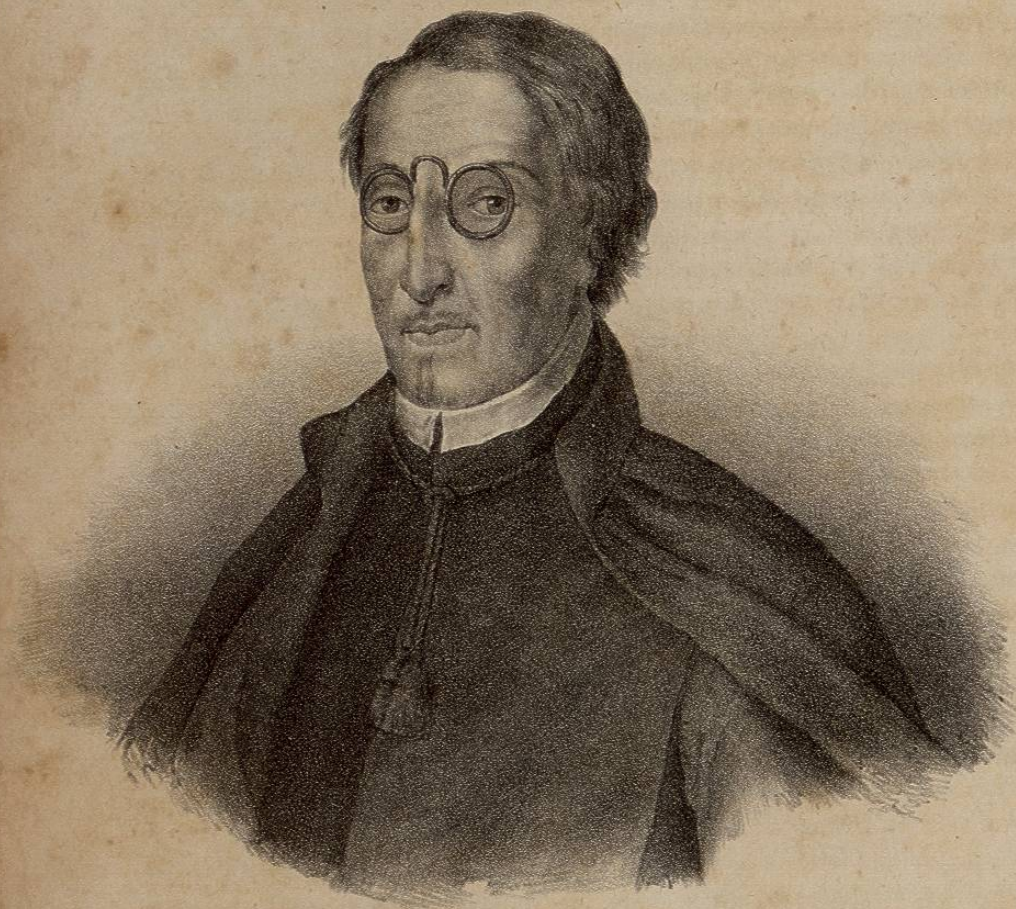
Era cierto, contestaron, que habían sido destruidos sus templos, abatidos sus dioses y muertos sus compatriotas. Muchos más sin duda habían de perecer bajo las terribles armas del español; pero ellos quedarían contentos entre tanto pudieran derramar la sangre de uno solo de los enemigos, por la de cada mil mejicanos (10). „Mirad,” continuaron diciendo, „nuestras azoteas y calles; vedlas pobladas aun de guerreros hasta donde puede alcanzar la vista. Apenas se minora nuestro número con las pérdidas sufridas, cuando el vuestro cada hora se disminuye. Vosotros pereceis de hambre y enfermedades. Están para acabarse vuestras provisiones y el agua, y pronto debeis caer en nuestras manos. Las puentes están levantadas y no podeis escapar (11). Pocos de vosotros dejarán de experimentar la venganza de nuestros dioses.” Cuando concluyeron, arrojaron sobre las murallas una lluvia de flechas, que obligó á los españoles á bajar y á refugiarse dentro de sus fortificaciones.

Este fiero é indomable espíritu de los aztecas llenó de temor á los sitiados. Todo lo que habían hecho y sufrido, los combates de día, las vigilias de noche, los peligros que habían desafiado, y aun las victorias que habían ganado, de nada les servía. Era demasiado claro que no tenían ya el resorte de la antigua superstición que obraba en el corazón de los nativos, quienes como fieras que han roto las ligaduras que las aseguraban, parecían ensoberbecidos y triunfantes con el completo conocimiento de su fuerza. La noticia de la rotura de las puentes, sonó en el oído de los españoles como el toque de muerte; todo lo que habían oído era demasiado cierto, y mirábase los unos á los otros con ansiedad y temor.

Siguiéronse las mismas consecuencias, que á veces tienen lugar en la tripulación de un buque que naufraga; perdióse la subordinación con la terrible perspectiva del peligro, y estalló el espíritu de rebelión, especialmente entre los soldados del ejército de Narvaez. Habían venido al país, no por motivo de ambición, sino atraídos simplemente por las brillantes descripciones de su opulencia, y habían esperado neciamente volver en pocos meses cargados con el oro del monarca azteca. ¡Cuán diferente había sido su suerte! Desde el momento que desembarcaron, solo habían encontrado trabajos y desastres, privaciones de todas clases, sufrimientos sin igual, y por fin, tenían á la vista un destino más terrible. Deploraban amargamente la hora en que habían dejado los ardientes campos de Cuba por estas regiones de caníbales; y maldecían de todo corazón su locura en

(10) Según Cortés, se vanagloriaron en estilo más altivo, de que podían morir veinticinco mil por uno, „á morir veinte y cinco mil de ellos, y uno de los nuestros.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 139.

(11) „Que todas las calzadas de las entradas de la ciudad eran deshechas, como de hecho pasaba.” Ibid. loc. cit.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.



D. Antonio de Solis.

prestarse al llamamiento de Velazquez, y aun mas, en seguir las banderas de Cortés (12).

Pidieron despues con exasperada vehemencia, ser puestos inmediatamente fuera de la ciudad, y rehusaron seguir defendiendo por mas tiempo un lugar donde estaban aprisionados como ovejas para ser arrastrados á la muerte. En todo esto contrastaban con el porte mas prudente y marcial de los veteranos de Cortés. Estos habian participado con su general de los dias de prosperidad, y no estaban dispuestos á abandonarle en la desgracia. Con una poca de reflexion, era muy obvio conocer que el único recurso en aquellas circunstancias, consistia en la subordinacion y union; y aun esta esperanza podia desaparecer bajo cualquiera otro gefe que no fuera el que entonces tenian.

Apretado pues por el enemigo fuera de la fortaleza, y por los sediciosos dentro de ella, no desmintió el general su carácter. Circunstancias tan alarmantes, que hubieran arredrado á un hombre comun, á él solo le estimularon á obrar con mas actividad y á poner en accion todos los arbitrios que le sugeria su genio. Reunia en sí lo que es muy raro, una singular serenidad y constancia en sus proyectos, con un espíritu de empresa que muy bien pudiera llamarse romanesco. No le abandonó entonces su presencia de ánimo. Meditó con calma sobre su situacion, y pesó las dificultades que le rodeaban ántes de tomar alguna resolucion. Además del peligro que ofrecia la retirada á vista de un enemigo vigilante y desesperado, era una terrible mortificacion evacuar una ciudad donde por tanto tiempo habia mandado como señor; abandonar los ricos tesoros que habia asegurado para sí y para los que le seguian; renunciar á los medios con que habia esperado conseguir el favor de sus soberanos y el perdon de su conducta irregular, que él conocia bien dependia del buen éxito. Huir entonces, era confesarse mas impotente que nunca para verificar la conquista. ¡Qué término tan triste para una carrera comenzada bajo tan buenos auspicios! ¡Qué contraste con sus doradas esperanzas! ¡Qué triunfo para sus enemigos! Quedaria completamente vengado el gobernador de Cuba.

Pero si tan tristes reflexiones ocupaban su mente, la idea de permanecer en aquella terrible posicion parecia aun mas desesperada (13). Disminuyéndose diariamente sus soldados en fuerzas y número; reducidas sus provisiones al extremo de que una pequeña racion de pan, era el sustento

(12) „Pues tambien quiero decir las maldiciones que los de Narvaez echaban á Cortés, y las palabras que decian, que renegaban de él, y de la tierra, y aun de Diego Velazquez, que acá los envió, que bien pacíficos estaban en sus casas en la Isla de Cuba, y estaban embelesados, y sin sentido.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, ubi supra.

(13) Sin embargo de esto, en la peticion ó carta de Veracruz dirigida por el ejército al emperador Carlos V despues de la conquista, expresamente se considera la importunidad de los soldados, como el principal motivo que indujo al general á abandonar la ciudad. Carta del ejército, MS.